Periodico obrero himensual * * * * * * Reducción y Administración: Estrella, 110

De enseñanza

Todos podemos ver las largas y penosas jornadas que los niños hacen en fábricas, campos y talleres; así se les mata físicamente, pero aun esto es poco. La sociedad lleva su infamia hasta matarlos moralmente.

Reduciendo la enseñanza á un aprendizaje rutinario que no da ninguna aplicación á las jóvenes y nobles pasiones y á la necesidad de ideales que la mayor parte de los niños sienten á cierta edad, la sociedad hace que toda la naturaleza independiente, poética ó altiva tome odio á la escuela, se encierre en sí misma y vaya, lejos de la verdad y el bien, á procurarse

una satisfacción á sus pasiones.

Unos buscan en la novela la poesta que les ha faltado en la vida, y se atiborran de esa literatura inmunda fabricada por la burguesta á quince ó veinte céntimos entrega, y á poca predisposición que tengan hacia el extravio, acaban, como el joven Lemaitre, por abrir el vientre ó cortar el cuello á otros niños con el propósito deliberado de hacerse «asesino célebre». Los otros se dan á una vida execrable, y sólo los niños del «justo medio», los que no tienen pasiones ni entusiasmos ni sentimientos de independencia, llegan sin incidentes al fin apetecido.

Éstos dan á la sociedad su contingente de burgueses honrados con mezquina molaridad, que no roban, es cierto, el sombrero á los paseantes, pero que saquean «con decencia» á sus clientes; que carecen de pasiones, pero hacen ocultamente visitas à sus amigas para desembarazarse de la grasa monótona que el buen puchero crea, y, arrastrándose con hipocresia por el cieno, invocan el santo nombre de la iusticia cuando cualquiera intenta tocar sus riquezas.

Eso son los niños.

En cuanto á las niñas, la burguesía las corrompe desde la más tierna edad. Lecturas absurdas, muñecas coquetamente vestidas, costumbres y ejemplos edificantes de madres «honradas», nada le faltará á la niña para que en su día sepa venderse á quien más dé. Además, estas criaturas siembran la gangrena á su alrededor; las hijas del obrero eno miran con envidia a las elegantes burguesitas, voluptuosas y coquetonas á los doce años? Pero si la madre es «virtuosa» del modo que lo son las buenas burguesas, la educación será peor todavía. Si la niña es inteligente y apasionada apreciará muy pronto, en su justo valor, esta moral de doble fondo que se sintetiza con la frase siguiente: «Ama á tus semejantes, pero estáfalos en cuanto te sen posible.» «Sé virtuosa, pero hasta cierto punto.» Y aliogada en esta atmósfera de baja moralidad, no hallando en la vida nada hermoso, sublime y atractivo que respire verdadera pasión, se arrojan, con la cabeza gacha, en los brazos del primero que salga con tal que le satisfaga sus apetitos de vanidad y de lujo.

KROPOTRINE

La pedrea

¿Cómo esperáis bondades del corazón del hombre si sólo sembráis odios en el corazón del niño?

Acaba el día, y al tiempo que de blem montada escuela salen alegres y retozones, como pajarillos á que se abrió la jaula, cien muchachos, de la vecina inmensa fábrica salen otros ciento, tristes, fatigados y suclos.

Pusaron los unos la turde sometidos á la benévola disciplina del maestro; los otros, á la estrecha y dura dei capataz. Tuvieron los unos tiempo de bromear y reir, de pintar à escondidas la silueta del profesor con su bonete y de tirarse la pelota de papel hechas con los planos inscrvibles; pasaron la tarde los otros agotando sus fuerzas junto á la máquina, que, al dar impulso á cien volantes, produce monótono y ensordecedor ruido.

Vuelven los unos á sus hogares con el caudal del alma enriquecido; tornan los otros abatido el espíritu y el cuerpo. A los unos aguarda cena abundante, blando lecho, dulces caricias: á los otros, cena escasa, lecho duro; su madre también rendida por el trabajo se dormirá sin tener tiempo de acariclaries. Los unos van acompañados por deudos ó sirvientes junto à los cuales retozan como cachorros que ven de nuevo el guardián cariñoso: los otros van solos, solos y más tristes que nunca, porque aumenta su tristeza el recuerdo del compañero à quien aquella tarde, al finalizar el trabajo, destrozó la rueda de una máquina. Miran, los atolondrados felices, con desden á los desventurados; los desventurados, con desprecio á los

felices. No se odian, pero un malsano instinto les dice que deben odiarse.

Puso alguien, entre unos y otros, un abismo.

Conocen unos y otros que no son iguales, aunque ignoran por qué.

Aman los felices la vida y, sobre amarla, están más acostumbrados á ejercitar el entendimiento que las fuerzas: deben ser cobardes.

El peligro ha acostumbrado á los sin ventura á no temer la muerte, y están por su trabajo acostumbrados á ejercitar más las fuerzas que el entendimiento: deben ser valientes.

** #

¿Qué secreta voz hace adivinar al pobre que lo que disfruta el rico es su sudor, es también suyo? ¿Qué secreta voz le hace adivinar desde niño no sé qué de injusto es el bienestar ajeno?

Quizá confundimos con la innata justicia la artificial que crearon en nosotros costumbres y hábitos añelos.

¿Por qué, desde que nacen, tienen unos derecho

á la felicidad, y otros sólo á la desgrácia?

¿Por qué son designales sin culpa suya los hombres desde que se forman en el vientre de su madre?

* * *

 Aprovechaos de lo único en que sols superiores, — grita á los desdichados su despecho.

¿Puede la injusticia dar justos frutos?

El menos fatigado se agacha, coge una piedra, endereza el cuerpo y la lanza con furia contra los señoritos.

Corre al fin por las venas de todos sangre joven y la piedra es contestada con otra piedra; y, sin que la mediación de encargados, deudos y sirvientes pueda impedirlo, la pelea se generaliza.

Huyen de uno y otro bando los tímidos; pero los más cólericos y los más fuertes se defienden con arrojo, y siguen cruzando los aires piedras y más piedras.

La aparición de un solo guardián pone fin al combate. Se dispersan los combatientes al verle; y aquella noche las madres de los unos y de los otros curan à granel heridas y golpes; y mientras la de un feliz, vendando la cabeza de su hijo, maldice de los granujes sin crianza, la de un desdichado, al poner hilas en la herida del suyo, exclama:

-¿Cómo esperáis bondades del corazón del hombre si sólo sembráis odios en el corazón del niño?

Francisco Pi y Arsuaga

Guardate de decir à un hombre que su mujer no le ama, porque entonces no sabemos si refiird con su mujer; lo único que es seguro es que refiird contigo.

Las inteligencias á merced del capital

Cuando por cualquier motivo la plebe ignorante y fanática ejecuta algún acto brutal, los hombres sensatos y educados la denigran y la califican aún de más grosera de lo que es. Y esta plebe, que en su infancia ha tenido por escuela la calle, por hogar un miserable tugurio, por alimento una misera limosna, desposeida de todo roce social, profana á toda clase de ideas nobles, incapaz de sentir necesidad de algo grande y generoso, esta plebe, repito, embrutecida, privada de dignidad por los mismos que la vituperan, hay circunstancias en que tiene el deber de pulirse para ser una esclava digna, una esclava que sepa lamer las manos, sumisa y obediente del que le ha usurpado el derecho á la vida material, el derecho á la vida intelectual, y, por consiguiente, á la vida moral.

Abiertas se hallan las aulas universitarias, pero sólo pueden aprovecharlas los que no necesitan ofrecer sus débiles fuerzas físicas al capital para ayudar á sobrellevar á los padres el peso del sustento de los más pequeñuelos.

Los sabios hoy tienen que tener patente de tales, para así reconocérseles, y como que esa patente no más puede obtenerla el que tiene dinero, aunque sea un patán utilizable sólo para montar un caballo, resulta que el que sería un linete consumado y brioso, bueno para comerse y derrochar el capital acumulado por su padre á fuerza de especulaciones, robos legales 6 explotaciones; por obra del que casi lo puede todo, por obra del dios metal, pasa á ser un reputado médico, un sapientísimo catedrático, un ingeniero inteligente, una potencia intelectual. Y así la humana inteligencia, puesta siempre en manos del menos apto para poseerla, pasa la sabiduría á ser una de las muchas acaparaciones injustas que tiene la sociedad. Aquel pobre, aquel canalla que ha aprendido de vivir en la vía pública, recibiendo una limosna ó un puntapié del encopetado personaje que asiste á Ateneos, á Academias, que posee libros, revistas, diarlos, para beber en las fuentes puras de la ciencia oficial, que posee, á copia de cultirizarse, una educación física y moral à su manera, que tiene los ademanes de toda la fimura competente en un hombre de sociedad, aquel pobre, aquel canalla, aquel desperfecto initil de la naturaleza, llega un día que, abiertas sus potencias intelectuales por el hambre y el aprendizaje experimental de una lucha titánica con la sociedad, logra, á fuerza de perseverancia en el estudio, sobreponerse al personaje antedicho; pero esa sociedad, que en todos sus procedimientos es injusta, niega su aptitud, porque no tiene unos títulos que lo acrediten.

Y así la verdadera intellgencia yace en el abandono y en el olvido, los experimentos continúan en paulatina marcha y los cajones de mugrienta guardan el producto de vigilias y ayunos que, á ser otra la sociedad, servirían para dar más rapidez al progreso v para obtener otras conclusiones la ciencia.

El capital ha entorpecido el progreso en todos los sentidos, porque ha muerto en flor las inteligencias humanas, porque ha desesperado á los mejores explotadores de la naturaleza. Y si, por acaso, algún pobre se ha levantado de su esfera ha sido de bien templado acero, se ha vendido al goce seductor de poseer el bienestar apetecido por todos, pero sólo poseído de entre los pobres por el que se ha esclavizado á una clase que no es la suya.

Así el hombre que cree ver en las cosas riqueza en sí, las busca, y como es condición humana la abnegación paternal, afánase el padre en proporcionar à sus hijos todo cuanto juzga un bien para sí propio y vende todo cuanto tiene de vendible, si es inteligencia, inteligencia; si es conciencia, conciencia; á fin de poder proporcionar á su prole un bienestar, una riqueza que él ha obtenido por muy incalificables medios.

Continuando esa marcha, la sociedad se precipita rápidamente á un choque violento que, partiendo por mitad su eje, desquiciaráse la armonía que conservan tantas injusticias y tantos errores.

La palabra de dios no llega hasta el pobre, y, por consiguiente, la resignación va teniendo su término, y éste amenaza ser fatal.

En tanto continúa el capital acaparándolo todo, inteligencias, industrias, maquinarias, proyectos de explotación, que al paso de la avalancha revolucionaria, que precipita su poder mismo, esas industrias, serán el principal factor que hundirá para siempre el capital corruptor.

SOLEDAD GUSTAVO

Ecos de Bolsa

En Bolsa no se ve más que anomalías, los números aplicados científicamente de nada sirven, y desgraciado del hombre que piensa y calcula, porque calculando se arruina. Lo científico es incompatible con el juego que la senzatez rechaza y la moralidad condena. El juego es el cancer social que, alimentado por desenfrenada ambición, destruye la tranquilidad del hogar, pervierte los sentimientos y acaba por el embotatamiento de la conciencia, por la muerte del corazón y por la carencia completa de la honradez.

El jugador mientras del juego viva, es detestable: la moral impone al hombre la sagrada obligación de ganarse el sustento mediante los medios lícitos y honrados del trabajo, y el que del trabajo se aparta, en vez de hallar la felicidad que el vicio y en la holganza busca, sólo halla las consecuencias funestas que son el término directo del que de la virtud y del buen sen-

El jugador, hablando en tesis general, está divorciado con los buenos sentimientos, y se complace con la miseria de los otros, mientras á costa de ella, se enriquezca, desesperándose; maldiciendo y gritando cuando le sale frustado un plan urdido para esquilmar las riquezas que disfruta el prójimo, único objetivo de sus ansias codiciosas, y sólo determinante de sus cálculos y operaciones.

En Bolsa, abundan mucho tales tipos. El juego los engendra y la ambición les mantiene.

Se reunen en bandadas, y formando una especie de sindicato emprenden una importante jugada. Empiezan por comprar, si les da por el alza, en todas las plazas donde se juega con la autorizada baraja nacional; los cambios suben, todo el mundo se extraña, pero la corriente es de alza, y cuando la gente cansada de perder dinero, se liquida y compra; entonces los truhanes hacen su negocio redondo vendiendo à aquellos à tipos altos, lo que anteriormente habían comprado á cambios mucho más bajos. Cuando se aperciben del engaño las inocentes víctimas, ya es tarde; viene el pánico, y todo son lamentos, ruinas y desgracias.

Aquí y en todas partes, y hablando con propiedad, á este vil procedimiento se le llama una solemne estafa; pero estas estafas están autorizadas por la ley, y lo que es peor, la ley ampara à esos mismos que con ese robo se han enriquecido,

En eso sucede lo que con los duelos: dos personajes de alto coturno se baten y uno de ellos cae sin vida en el campo llamado del honor; el homicida, en vez de ser encarcelado, se pasea trangullamente como si tal cosa, recibiendo à todas horas mil felicitaciones por su valentia. En cambio, dos hombres del pueblo, en lucha leal, se dan de puñaladas, y el que matu es repudiado de todo el mundo y se pudre en un presidio.

Arruinar por medio de certera jugada de Bolsa à cien familias, es perfactamente legal: apoderarse de un pan para satisfacer el hambre es hecho censurable y punible por las leyes.

Bonitas están las leyes!

(De Banca, Comercio y Seguros).

El verdadero dios

Rothschild es el mejor termómetro político; y aun podríamos añadir, respecto á e te punto, que posee, para indicar el buen y el mal tiempo, un talento tan natural y tan infalible como el de las ranas, si esta comparación no se tildara por algunos de poco exacta.

En efecto, hay que guardar clertos miramientos con este hombre, aun cuando sólo sea por las personas que le rodean. «A mi me agrada sobremanera, decla Enrique Heine, - visitarle en sus oficinas de banca, donde he tenido ocasión de observar que hombres de todas clases y religiones diversas, así gentiles como judíos, se inclinan y prosternan ante él, doblando la espina dorsal y haciendo tal cúmulo de genuflexiones que envidiaría el más hábil acróbata.

»He visto gentes que, al aproximarse al gran barón, tiemblan cual si estuvieran en comunicación con una pila de Volta. Ya ante la puerta de su gabinete, muchos son presa de un escalofrío de veneración, cual el experimentado por Moisés en el monte Horeb al apercibirse que su planta posábase sobre suelo sagrado. De ignal modo que Moisés se descalzó, más de un cortesano ó agente de cambio de los que se atreven á penetrar en el gabinete de Rothschild se dejaría las botas á la puerta si no temiese que sus pies descalzos despidiese algún mal olor y esta fétida emanación incomodase al señor barón.

»Este gabinete particular es, en efecto, un gabinete notable, que despierta en el ánimo pensamientos tan sublimes como la vista del Océano, la del cielo estrellado ó la de las grandes montañas y bosques. Allí se ve cuán pequeño es el hombre y cuán grande Dios...

»Porque el dinero es *el Dios de nuestra épocu* y Rothschild es su profeta.»

(Lutéces, 1811)

¿Qué es la vida?

La vida es el mal. La última expresión de la vida terrestre es la vida humana, y la vida de los hombres se reduce á una batalla inexorable de apetitos, á un choque de dilacerantes egoísmos. El progreso marca la distancia que va del salto del tigre, que es de diez metros, al curso de una bala, que es de veinte kilómetros. La fiera nos confunde á diez pasos. El hombre es la fiera ampliada.

Nunca el abismo de los mares abortará un monstruo como la nave de guerra, con escamas de acero, intestinos de bronce, mirar de relámpago, bocas famélicas, pavorosas, que mastican llamaradas, escupen metralla, vomitan muerte.

La pata prehistórica del atlantosauro desmoronaba un peñasco; la dinamita del químico vuela montañas. El mastodonte derribaba un cedro; el cañón Krupp revienta baluartes. Una vibora envenena á un hombre; un solo hombre arrasa una ciudad.

Los grandes monstros no vivieron verdaderamente en la época secundaria. Aparecen en la última, con el hombre. Al pie de un Napoleón, un megalosaurio es una hormiga. Los lobos de la vieja Europa descuartizan algunas docenas de viandantes, mientras millones y millones de miserables caen de hambre y abandono, sacrificados á la soberbia de los príncipes, à la mentira de los cortesanos, à la gula devoradora de la burguesía democrática y cristiana. El matadero es la forma cruda de la sociedad en que vivimos. Unos nacen para reses, otro para verdugos. Unos comen, otros son comidos. Hay criaturas lóbregas, vestidas de trapos, minando montes, y criaturas espléndidas, luciendo brocados y pedrerías que centellan al sol. En el cofre del banquero duermen pobrezas metalizadas. Hay

hombres que crean en una noche un barrio fúnebre de mendigos. Embellecen la garganta de las cortesanas rosarios de esmeraldas y diamantes, más siniestros y luctuosos que el rosario de cráneos que lleva al pecho el salvaje.

Viven cuadrúpedos en establos de mármol, y agonizan parias, roídos de gusanos, en tugurios infectos. La letrina de Vanderbilt costó pueblos de miserables. Y como los palacios devoran pocilgas, todo boulevard grandioso, para estar seguro, necesita un cuartel, una cárcel y una horca. El dios millón no está tranquilo sino lo ampara la guillotina contra el hambriento. Los hombres se reparten el globo, como los buitres el carnero. A mayor buitre, mayor pedazo. Hay hombres que tienen imperios, y otros que no tienen hogar.

Los pies mimosos de las princesas se deslizan, resplandeciendo en oro, por alfombras de terciopelo, y los ples de los vagabundos, se desgarran en las brenas, ó calcan, sangrando las guijas rotas y cortantes del camino. Algunos caballos de sport beben champagne, algunos perros de regazo usan sortijas de brillantes, y muchas criaturas, por falta de un mendrugo, encienden una hoguera para morir. ¡Bendito el oxido de carbono, que exhala paz y olvido! La naturaleza, entre tanto, insensible al drama barbaro del hombre. Guerras, odios, crimenes, tirantas, hecatombes, desastres, iniquidades, déjanla indiferente, inconsciente, con la inmovilidad de la roca que rozasen las alas de una abeia. El clamoreo atronador de todas las angustias no arranca un av à la inmensidad inexorable. La aurora sonrie con el mismo esplendor á los campos de batalla que á la cuna del niño, y las plantas más lozanas no distinguen la podredumbre de Locusta de la podredumbre de Juana de Arco. Riéguese un verjel con sangre de Iscariote o sangre de Cristo, y los lirios inocentes (jextraña inocencial) se desbrocharán igualmente cándidos y nevados.

GUERRA JUNQUEIRO

Palabras de aliento

La fuerza de las cosas, es decir, el conjunto de las condiciones económicas, hará, indudablemente, estallar, sea por una ó por otra causa, apropósito de cualquier hecho imprevisto, una de esas crisis súbitas que apasionan aún á los indiferentes, y veremos brotar en un momento la immensa energía que ha ido poco á poco almacenándose en el corazón de los hombres por el sentimiento de la justicia violada, por los sufrimientos no endulzados, por los odios no satisfechos. Cada día puede ocurrir una catástrofe, y la situación está tan tirante que en todos los países sólo se espera una chispa, cualquier cosa, la más mínima, que se convierta rapidamente en la primer llamarada de la explosión final.

La despedida de un obrero, una huelga local, un asesinato fortuito, pueden ser causa de la rovolución,

celona ó en Sidney, en Chicago ó en Buenos Aires,

truída por los herederos de la Roma cesárea y papal, el suelo está minado y por todos lados se espera la explosión. Encuéntranse aún, como en el siglo último, gentes parecidas à Luis XV que, encogiéndose de hombros, dicen: «Después de mí, el diluvio,» Se sabe que quizas hoy, quizas mañana, sobrevendra la catastrofe.

Baltasar está en el festín, pero sabe perfectamente que los persas escalan las murallas de la ciudad.

lo mismo que una sola chispa puede incendiar un polvorin. Porque el sentimiento de solidaridad gana de por todas partes encontramos compañeros que sienten día en día más terreno y todo movimiento social tiende y hablan como nosotros. Bajo la gran fortaleza consá agitar la Humanidad entera. Hace algunos años apenas si existía atgún obrero que se atreviera á proponer la huelga general. La palabra pareció bizarra, pero se la fomaba como la expresión de un sueño, de una esperanza quimérica, se repitió cada vez en voz más alta, y ahora tal fuerza va tomando, que hace temblar à los capitalistas del mundo entero. No; la huelga general no es un imposible. Los jornaleros ingleses, belgas, franceses, alemanes, españoles, americanos, australianos, todos comprenden que depende de ellos solos el rehusar su trabajo á los patronos; y lo que hoy comprenden, ¿por qué no lo han de practicar mañana? Un viento huracanado pasa sobre los pueblos como sobre el Océano: jesperemos la tempestad que se aproxima!

Frecuentemente acude á mi imaginación, como si aun la viera, el recuerdo de una hora tristísima de mi vida, en la cual la alegría profunda de haber obrado según los deseos de mi corazón se mezclaba á la profunda pena de una derrota. La Commune de Paris se hallaba en guerra con las tropas do Versalles, y el batallón de que yo formaba parte había sido hecho prisionero sobre la meseta de Chatillón. Era de madrugada: un cordón de soldados nos rodeaba, y los oficiales burlones venían à hacerse el guapo delante de nosotros. Muchos de ellos nos insultaban, y uno, que sin duda llegaría con el tiempo à formar entre los elegantes charlatanes de la Asamblea, peroraba sobre la locura de los parisienses; nosotros teníamos otros cuidados que nos preocupaban más que escuchar su charla insulsa. Entre todos los oficiales, el que más

llamó mi atención era un hombre sobrio de palabras, de mirada dura, cara de asceta, probablemente un hidalgo del campo, educado por los Jesuitas. Se paseaba lentamente sobre el borde escarpado de la meseta, destacándose como una sombra feísima sobre el fondo luminoso de París. Los rayos del sol naciente tendían un velo de oro sobre los tejados y las torres: ¡jamás la bella ciudad, la villa de las revoluciones, me había parecido tan hermosa! «¿Véis bien vuestro París?»—

decía el sombrío oficial, mostrándonos con su sable el deslumbrante panorama.—«Pues bien, no quedará de él piedra sobre piedra.»

Y repitiendo, como sus maestros, esta frase biblica aplicada en otro tiempo á los habitantes de Nínive y de Babilonia, el fanático oficial esperaba sín duda que su grito de odio sería una profecía. Mas París no ha sido destruído. No solamente permanece piedra sobre piedra, sino que aquellos que le hacían odiar á París, es decir, los 35,000 hombres asesinados en las calles, en los cuarteles, en los cementerios, no han muerto en vano, y de sus cenizas han brotado millones de vengadores. ¡Y cuantos otros «París», cuantos otros locos de revolución no han nacido por el mundo! Donde quiera que vayamos, en Londres ó en Bruselas, en Bar-

Lo mismo que el artista, pensando siempre en su obra, la ve entera en su imaginación antes de trasladarla al papel ó al lienzo, lo mismo el historiador ve avanzar la Revolución social: para él está ya hecha, Y, sin embargo, no nos hacemos ilusión alguna: sabemos que la victoria definitiva nos ha de costar aún más sangre, muchas fatigas y grandes angustias. Á la Internacional de los oprimidos responde otra Internacional de los opresores. Los sindicatos se organizan por el mundo entero para acapararlo todo, productos y beneficios, y para regimentar todos los hombres en un numeroso ejército de asalariados. Y estos sindicatos de millonarios ó industriales, católicos ó judíos, esperan, no sin razón, que por el poderio del dinero tendrán á su disposición los gobiernos y todos sus instrumentos de represión: ejército, magistratura y policia. Esperan también que por la habilisima evocación de los odios de razas y de pueblos conseguirán mantener à las turbas explotables en el estado de Ignorancia patriótica é inocentona que sostiene la servidumbre.

En efecto; todos esos odios antiguos, esas tradiciones de viejas guerras y esas esperanzas de revancha; esta ilusión de la patria con sus fronteras y gendarmes, y las excitaciones diarias de los provocadores de oficio, policías ó periodistas, todo esto nos hace presagiar muchas luchas todavia; pero las ventajas que hemos adquirido no nos las puede gultar nadie. Nuestros enemigos saben que persiguen una obra funesta, y nosotros sabemos que la nuestra es admirable, ellos nos detestan entre sí, nosotros nos amamos; ellos pretenden hacer retroceder à la historia, nosotros avanzamos con ella.

Así, pues, los grandes días se anuncian. La Evolución se ha verificado, la Revolución no puede tardar. ¿ No la vemos cumplirse constantemente bajo nuestras miradas por multitud de hechos?

Los trabajadores son el número; cuanto más convencidos estén de su fuerza, más fácilmente y mejor se verificarán las revoluciones y más pacíficas serán.

Finalmente: toda oposición deberá ceder, y, más aun, ceder sin lucha. Llegará un día en que la Evolución y la Revolución se sucederán inmediatamente, como el deseo al hecho, como la idea a la realización, confundiéndose en un solo mismo fenómeno.

Así es como funciona la vida en todo organismo sano, sea el de un hombre, sea el de un mundo.

ELISEO RECLUS

El trabajo

Fraternos obreros, alzad vuestra frente que agosta el presente con luengo sufrir; tras blancos cejales, hermosa fulgura la estrella que augura mejor porvenir.

Rocío sagrado son vuestros sudores, copiosos calores el soplo que dals, por ellos renace la ardiente natura con viva premura su seno alentáis.

Enturbia la mente fantasma sombrio, fatal estadio, quimérico afán... con flébil angustia y horrorífico apuro miráis inseguro, tal vez, vuestro pan:

Unamos las huestes, flotando gloriosa bandera de rosa del viento al fragor, y en torno agrupados marchemos cotinuo al nuevo destino de paz y de amor.

Crucemos el valle que siembra de espinas si densas neblinas nos privan de luz; constancia, y rasguemos su pérfido broche cual sol que á la noche destroza el capuz.

Marchemos, obreros, marchemos aprisa, que el tiempo premisa la tierra de paz sin lucha intestina, sin torpe desdoro, ni esclavos del oro, ni usura mordaz.

Allá do el trabajo con dulce atractivo acrece extensivo sus gérmenes mil, y hermana los pueblos, reanima su frente y acalla doliente su llanto febril.

Cual árbol frondoso que apoyo sincero prodiga al viajero tras seco arenal, con soplos divinos de amor nos convida, mansión prometida del bien terrenal.

Inciensos, perfumes, aéreos vapores y ambientes mejores y grata ilusión, de nuestras campiñas con suaves alientos al alma en concentos darán su expansión.

Los fértiles campos sus bellos colores y espigas y flores reverdecerán; los yermos erlales, las toscas arenas en vegas amenas sus frutos darán.

El humo y el fuego, la piedra y acero, do vierte el obrero su hirviente sudor, marchando en reforma tendrá mejor vida, más justa acogida, su premio mejor.

La arada, la esteva, la fragua y martillo, la masa y tornillo y el diestro buril, trofeos do el Pueblo, con nobles porfías, consume sus días, su fuerza viril.

Con ellos de mievo surcando la tierra, que frutos encierra del hombre sostén, labrar sus derechos verá sin cuidado el ser desgraciado por rudo vaivén.

Marchemos, obreros, marchemos aprisa, que el tiempo precisa la tierra de amor; edén delicioso do en plácida calma depúrase el alma de mal roedor.

Mas, jayl, cieno y polvo su transito cubre, marisma insalubre de incierto pisar; no importa marchemos con rauda pujanza, la dulce esperanza mitigue el pesar.

Fluyamos del crimen, del vicio iracundo que ceba en el mundo su instinto feroz, y alienta de jugo del martir obrero que dócil, empero, marchita precoz.

Huyamos cual huyen las aves del cielo que acecha en su vuelo milano rapaz; los siglos empujan, la ciencia ilumina, y el monstruo declina su fuerza tenaz.

Marchemos, obreros, marchemos aprisa, que el tiempo precisa destino mejor; partamos, triunfantes, ganando el atajo del justo trabajo regenerador.

Un societario

Coacción clerical

Para que las insertemos en estas columnas, dos compañeros nos remiten las siguientes líneas;

«El domingo, primero de los corrientes, por la tarde, íbamos, por puro pasatiempo, recorriendo las calles de esta ciudad, y al pasar por la Mayor (barriada de la Creu Alta), vino á herirnos los oídos el sonido de una campanilla; volvímonos y nos dimos cuenta, era el Viático que venía en dirección igual á la nuestra y por la misma acera. Como no somos adeptos á su Iglesia, tranquilamente continuamos nuestro camino; mas para que no pareciera que nos burlábamos de ella, cuando estuvo á pocos pasos descendimos al arroyo, dejando libre el paso á sus representantes.

No debió parecerle bastante al clérigo, quien, cuando nos alcanzó, con buenas palabras, nos invitó por dos veces á descubrirnos, á lo cual correspondimos, en uso de nuestro derecho, como si nada hubiéramos oído.

No se dió por satisfecho con nuestra indiferencia y tratando de amedrantarnos, se dirigió á los que de rodillas presenciaban el paso, diciéndoles en voz bien contestarle, y entonces, fuera de sí, volviéndose hacia nosotros con tono insolente, nos dijo teníamos fortuna no hubiese por allí ningún municipal; pues de haberlo, tanto nosotros como la sociedad habíamos de sentirlo; á lo que por toda respuesta contestamos continuara

alta si querian testimoniar aquel acto. Nadie se dignó

su camino, que nada le declamos nosotros.

Seguramente comprendió que era lo más oportuno, puesto que optó por ello.

Excusamos exponer cuál fué nuestro disgusto.

Debemos hacer constar que de las palabras de este caballero con faldas, creemos deducir nos tomó por socios del Centro Republicano, del que estábamos á pocos pasos.»

Bravo, Paterl Así nos gustan las cosas. Nosotros quisiéramos ver siempre à los de su clase tan intemperantes, tan evangélicos. Somos enemigos de las medias tintas, y así, de la manera como se las arregla usted, pronto nos conoceríamos los dos bandos, y cada

cual se iría con los suyos.

¿No lo vió usted? Bien pidió apoyo de aquéllos desgraciados, que aún de rodillas le velan pasar, y no se lo prestaron porque no sienten ya nada por la religión de usted; sólo son rutinarios, y no quisieron cometer una mala acción, porque mañana serán de los nuestros.

¡Oh entonces! Entonces nos pediréis clemencia y os la tendremos, y no habrá curas insolentes, porque os enseñaremos un oficio que os dignificará y os hará hombres libres y sin faldas.

Insertamos la siguiente alocución que, no por ser dirigida á nuestros compañeros de Barcelona, interesa menos á los de esta localidad, y en general á cuantos trabajamos en la fábrica:

"A los trabajadores del arte fabril

Compañeros y compañeras, salud.

La presente lioja tiene por objeto manifestaros que en vista del estado lamentable en que nos encontramos los trabajadores del «Arte Fabril», hemos acordado emprender una campaña de propaganda societaria, al objeto de transformarnos y reorganizarnos en potente Sociedad de resistencia, para, una vez unidos, oponer un dique à la desenfrenada explotación é inicua arbitrariedad de que somos víctimas por parte de la burguesía del «Arte Fabril»; los que, de todos cuantos viven y se enriquecen con el sudor de sus semejantes, son, sin duda alguna, los que con más saña y crueldad viven explotando y martirizando á los infelices que, por azares de la suerte, tenemos la desgracia de estar bajo su dominio.

Es preciso, compañeros y compañeras, acabar cuanto antes con esa explotación infame que nos tiene encerrados durante once ó doce horas diarias en esos antros de explotación y embrutecimiento, mal llama-das fábricas, en donde, después de hacernos trabajar en las peores y más pésimas condiciones, somos vícti-mas de los caprichos y brutalidades de esos cabos de vara llamados encargados, los que por un miserable aumento sobre el jornal de los demás trabajadores, se convierten en esbirros de sus propios hermanos.

Y no exageramos al decir que, salvo raras excepciones, son los llamados encargados *esbirros* de sus propios hermanos, puesto que los hechos lo demuestran claramente. Por ejemplo: ¿quién de nosotros no habrá visto lo que sucede con esas pobres mujeres compañeras nuestras, cuando tienen la desgracia de hacer unos minutos tarde?

All tienen al mayordomo que las rine con cuatro malas palabras, cuando no les manda hacer ocho días de fiesta. ¡Ocho días!, que para vosotras compañeras es lo mismo que dejaros ocho días sin pan, junto con

vuestros hijos y vuestros ancianos padres.

Recordad, vosotras, obreras del «Arte Fabri.», que cuando cansadas, rendidas por el continuo trabajo, intentáis tan sólo daros dos minutos de reposo, probando de sentaros, ya os encontráis delante del cabo de vara, que os obliga á trabajar, podáis ó no podáis. Recordad como nos alargan las piezas á los tejedores, como dan más madejas á las rodeteras pagandolas al mismo precio, haciéndonos gastar, además, los hilos malos, exigiéndonos la ropa bien hecha, cosa completamente imposible, puesto que de malas materias nunca podran salir piezas buenas,

Recordad también los infames caprichos de nuestros esbirros, los que además de explotaros, pretenden deshouraros, queriéndoos quitar vuestra única riqueza: la virginidad, bajo la amenaza de despediros, ó cuando no, os fastidian dándoos peor faena

para que os marchéis.

Recordad las diferencias que los encargados hacen con las faenas, puesto que mientras á los unos les ponen las más malas faenas, á los otros, los que por ignorancia y mala intención, ejercen de perros rás-

treros, les dan todo lo mejor.

Recordad, en fin, que si vosotras cansadas de tanto sufrir os exclamais, os dicen que no teneis razón, puesto que si no ganais buen jornal, es porque trabajais poco y que si la pieza no va bien es debido á que no sabéis trabajar, á que no tenéis buenas manos, y, por último, os dicen que cuando no estels conformes ya podéis marcharos, que ya pondrán ofra, ya que para ocupar vuestro puesto tienen brazos

Pensad si serà el colmo del abuso el no dejar, el cabo de vara, salir à una obrera encontrandose mala; à otra que porque al contramaestre no le viene bien arreglar unos telares, atrevese a emprenderla con ella a bofetones, como si hubiéramos vuelto a aquellos tiempos de esclavitud en que los que hoy se llaman obreros eran considerados siervos, dominándolos por

medio del látigo.

De continuar así, á vosotras las madres no os queda otro recurso que conformaros en ser víctimas de estos modernos estira cordetas sin conciencia, o quedarnos sin faena, que equivale á decir sin pan con que alimentaros vosotras, vuestros queridos hijos y vuestros ancianos padres. ¡ Y pensar que todos estos sufrimientos y vejámenes, los pasamos merced á nuestra indiferencia y poco amor en reivindicarnos del yugo del capital!

Es necesario, compañeros y compañeras, que procuremos acabar cuanto antes con tanto malestar, con tanta explotación y sufrimiento. Y para lograrlo, el unico medio está en que todos nos unamos, constituyendo una fuerte y poderosa Sociedad de resistencia, para que, una vez unidos, podamos luchar con ventaja contra intestros explotadores, para recabarles las mejoras a que tengamos derecho, así en el trabajo como en los demás órdenes de la vida.

Barcelona, 5 julio de 1906. Sociedad del Arte Fabril de Barcelona y sus Contornos

nistración, y así lo recomendamos á todos los compañeros.

Interesamos la publicación de este suelto.»

•

La Revue Noire, organo especial de las Compañías mineras francesas, expone la situación de las minas de Courrières con motivo de la catástrofe y dice:

«La pérdida más sensible será, durante tres años al menos, la reducción de producción debida á la desaparición de las víctimas. Esta reducción será de unas 320 mil toneladas, ó sea, una disminución de beneficios de 1.200,000 francos.»

¡La pérdida más sensible será una disminución de béneficios!

¡He aquí retratada el alma capitalista!

•

Lista de las cantidades recibidas por la Sociedad del Arte Fabril de Barcelona y sus Contornos, como donativo para los huelguistas de la fábrica La Granota, durante la huelga.

Subscripciones hechas en Sabadell: Sociedad de Tejedores en lana, 50 pesetas.—Sociedad Algodón, 6. — Sociedad Panaderos, 25. — Círculo Federal, tres subscripciones, 64'90. — Cooperativa Sabadellense, tres subscripciones, 23'32. — Gelats, dos subscripciones, 15'60. — Agricultores, 4'45. — Sociedad coral La Americana, 4'35. — Centro Industrial, 7'75.

Sociedad en Iana, de Tarrasa, 75 pesetas. — Cooperativa, de Tarrasa, 6'60. — Sociedad de obreros curtidores La Unión Popular, de Barcelona, 40. — Sociedad Tres Clases de Vapor, de Badalona, 22'10. — Sociedad Arte de Imprimir, de Barcelona, 25. — Sociedad de litógrafos La Solidaria, de Barcelona, 10. — Sociedad Obreros Toneleros de San Martín, 150. Sociedad Constructores de Carruajes de Barcelona, 5. — Tres subscripciones entre los obreros de la tintorería de viuda Buhigas, de San Martín, 13'65. — Una subscripción á favor de Josefa Orriols, 7'75. — Grabadores, de Barcelona, 5. — Sociedad Panaderos La Espiga, 25. — Sociedad Géneros de Punto, de Calella, 30. — Centro Republicano Radical de San Martín, varias subscripciones, 28.

Además, hay 135'70 pesetas recogidas por comisiones de huelguistas en varias fábricas de San Martín.

Estas son las cantidades que durante la huelga ha recibido la Comisión de huelga. Dichas cantidades han sido distribuídas entre los 45 huelguistas, hombres y mujeres, á excepción de algunos que lograron hallar trabajo en otras fábricas.

Publicamos esta lista para satisfacción de las sociedades donantes y de la Comisión de Intelga que ha recibido los donativos.—La Junta.

En el número próximo publicaremos el resultado de esta huelga.

Compañeros de El TRABAJO:

Os envío estas cuatro notas por si creéis oportuno insertarlas en vuestro diario.

En la cábila, digo fábrica, de Jacinto Tort tenemos

un mayordomo que ni hecho de encargo.

Figuraos, si mira por su amo, por las buenas costumbres y por la decencia, que cuando ocupa á un tejedor le pone por condición la de estar cinco minutos antes de la hora de comenzar para untar el telar á fin de no perder tiempo. En todos los cuartos de jornal quiere lo mismo.

Luego quiere que cuando paran para ir à comer, los tejedores se queden para anudar si hay algún hilo, limpiar los cajones, mirar si hay alguna correa que puede romperse para poderla reparar enseguida.

¡Cual fué mi sorpresa cuando tuve necesidad de ir al escusado! Como comprenderéis paré el telar; cuando al volver, el tejedor vecino ya me esperaba para decirme que por ir á la bassa, el Jepik no quería que se parara el telar. ¿Y pues, objeté, si se rompen hilos y hay alguna otra desgracia? á lo que el vecino me respondió que el tejedor más próximo ya vigilaba.

En cuanto en velar por las buenas costumbres y la decencia podéis juzgar, una vez á un tejedor, no pudiendo soportar el calor que sentía se quitó las alpargatas y trabajaba descalzo. Pues ya tenéis à nuestro hombre dirigiéndose al obrero con aquellos buenos modales que le son característicos, le advierte que aquello no le gusta y que haga el favor de volverse à calzar. No quiero, por hoy decir más que ya nos quedará tiempo.

Algunas veces he dicho a mis compañeros de esclavitud que todo esto es insoportable y esabéis que me han respondido? pues que allí se *ireballa seguil* y por asto el mo abusaba y los otros aguntaban.

esto el uno abusaba y los otros aguantaban.

Vaya si se *treballa seguit*, como que los hay, que desde la cinco y cuarto de la mañana á las siete de la noche no hay más reposo para ellos que el de dos

horas ó menos, ¡ya lo creo que es trabajar seguit!
Si aprovecháis estos renglones para hacer un suelto poniendo á la picota á este modelo de mayordomos os lo agradecerá vuestro compañero

MATALARAÑA

2.5

Varios guardas de consumos nos han dicho que reina gran descontento, entre ellos, por las órdenes severas que los contra-registros han recibido del cabo, temiendo volver á los tiempos del cabo Arús de triste memoria.

Procuraremos averiguar lo que haya de cierto y si el caso lo requiere hablaremos de ello en el próximo

mimero.

Suscripción para los presos por cuestiones sociales

LISTA 25.—Attilio, 0'25; Un atropellado por una bicicleta, 0'50; Miquel, 0'25. — Total, 1 peseta.

Continua aierta la subscripción.

Suscripción para que Alfredo Picoret pueda ingresar en una Casa de Curación

Suma anterior, 7'75 Uno que odia las bicicletas, 0'50; J. M., 0'25. — Total. 8'50 pesetas.